

POR PATRICIA RUVALCABA

l Centro Histórico es por sobre todo un territorio donde se manifiesta la vida, en toda su diversidad. Pero la muerte, su rostro múltiple —semilla de vida entre los mexicas, fin de la existencia terrenal y antesala del Juicio Final para los católicos, acceso a la nada para los menos—, también ha acompañado la historia del Centro.

"Caminamos sobre muertos", escribe el cronista Héctor de Mauleón. Los de la muerte natural, y los de la muerte ritual mexica, los de las grandes epidemias (desde precolombinas hasta principios del siglo xx) y los desastres naturales (inundaciones y sismos), los de la Inquisición y las masacres (la Conquista, los motines, La Decena Trágica).

Pero la estela de la muerte, en una sociedad que experimentó un rico

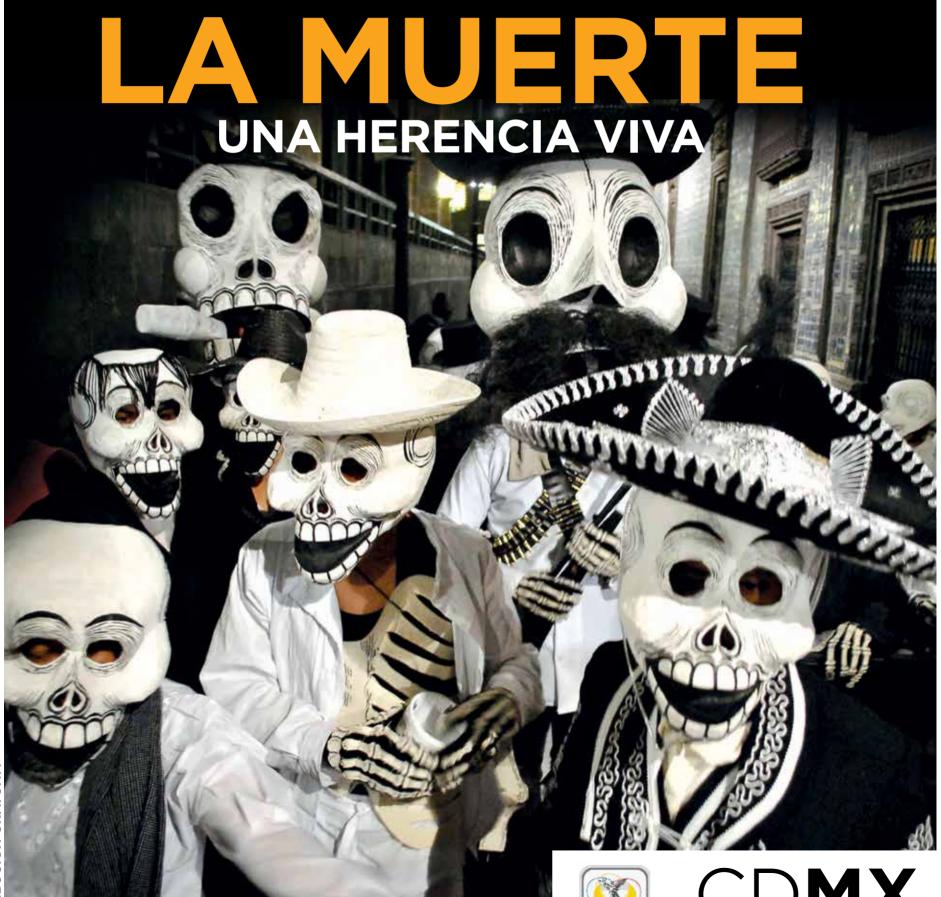
mestizaje —y luego forjó una nación con un fuerte carácter—, no podía ser solo el recuento de los muertos, sino una herencia fastuosa y, paradójicamente, viva.

Ritos, creencias y prácticas funerarias; ideas y creación artística en torno a la muerte y los muertos; arquitectura y urbanismo funerario; artesanías, leyendas, alimentos y músicas... Un patrimonio, además, de tal plasticidad, que hace de México un "país pu-

jante a nivel existencial", de acuerdo con el antropólogo Claudio Lomnitz.

En ese cuadro, el Centro Histórico ha sido uno de los puntos neurálgicos de las peculiares elaboraciones mexicanas acerca de la muerte. Para nuestra fortuna, la cara actual de la muerte en el Centro es la de una riquísima herencia cultural, la del Día de Muertos, el Panteón Museo de San Fernando y los muertos célebres enterrados en algunos edificios.

CIUDAD DE MÉXICO



EDITORIAL

LA ESTELA CULTURAL DE LA MUERTE

a conciencia sobre el fenómeno de la muerte es una angustiante prerrogativa humana que, al parecer, se formó en etapas muy tempranas.

No hay cultura o sociedad —independientemente de la religión adoptada— que no disponga de un repertorio de "actividades funerarias" como "velorios, rezos, entierros, cremaciones, momificaciones, edificación de monumentos y sacrificios humanos, entre otros", escribe Delci Torres, en un estudio comparativo de costumbres funerarias orientales y occidentales.

Hace 32 mil años, los neardentales (*Homo Neanderthalensis*, especie menos evolucionada que el *Homo Sapiens*) realizaron los primeros enterramientos deliberados de tipo ritual, en cuevas y "abrigos rocosos", e incluso se les atribuye una ofrenda floral.

Actualmente, se erigen memoriales en Internet y se transmiten exequias en tiempo real, para los deudos lejanos. Las cenizas se un difunto se pueden encapsular en un diamante que, convertido en una joya se pueda portar. O en un sentido opuesto, las cenizas se pueden dispersar en la estratósfera.

Desde los sencillos enterramientos neardentales hasta los extravagantes recursos de hoy, los ritos funerarios tienen, explica Torres, tres funciones principales: psicológicas — "atenuación" de sentimientos como ira, dolor e impotencia—, sociales — "estrechar" lazos de solidaridad entre deudos y allegados— y simbólicas — seguir los pasos necesarios para ayudar al finado a alcanzar el estado trascendente que la creencia local ha sancionado—.

En sus ritos funerarios, cada cultura expresa una idiosincrasia, una historia y una manera de experimentar el trance de la muerte. Es algo que, además, puede cambiar de una época a otra.

En este número especial documentamos la evolución que ha sufrido este aspecto de la cultura mexicana, en el área que hoy denominamos Centro Histórico de la Ciudad de México, desde la etapa prehispánica hasta la actualidad.

Intentamos un abordaje integral del tema. Es decir, revisar las creencias acerca de la muerte y de los muertos —así como los ritos funerarios asociados a tales creencias—, pero también su dimensión cultural, política, social y económica. Porque en México, lo que se hace alrededor de la muerte, siempre ha impregnado esos ámbitos, y viceversa.

La forma en se amortajaba a un muerto en Tenochtitlan tenía fines religiosos, pero también políticos. La imposición del miedo a la muerte y el enterramiento cristiano, tras la llegada de los españoles, también. La separación, en el siglo XIX, de los vivos y los muertos, mediante los cementerios fuera de la ciudad, lo mismo. La creación de mausoleos para los héroes patrios fue parte de un proyecto de identidad nacional, en el que las artes también tuvieron un peso importante. La reciente reapropiación de las ofrendas de muerto, lo mismo. La manera en que esos y otros fenómenos se han manifestado en el Centro Histórico es un capítulo fascinante, y aquí, lo compartimos con los lectores.

KM.CERO SE REPARTE EN BICICLETA



WWW.CICLOSMENSAJEROS.COM • TELÉFONO: 5516 3984









NIÑOS JUGANDO EN EL PANTEÓN DE SANTA PAULA. HUGO BREHME. C1910.

Algunas fuentes consultadas: Eduardo Matos Moctezuma, Tenochtitlán, FCE, México, 2008; Antonio Rubial García, La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII, CNCA, México, 1998, 168 p.; Ethel Herrera Moreno, "La arquitectura funeraria en la Ciudad de México desde la época virreinal", en revista Legere, junio 2013, en www. cchla.ufrn.br/interlegere/12/pdf/eso5.pdf y El Panteón Francés de la Piedad como documento histórico: una visión urbano-arquitectónica, INAH, México, 2014; Jacques Soustelle, Vida Cotidiana de los Aztecas en vísperas de la Conquista, FCE, México, 1970, 2ª. ed., 284 p.; Ignacio Manuel Altamirano, Obras completas, VII Crónicas, Tomo I, CNCA, México, 2001, 554 p.; Seis siglos de historia gráfica de México: 1325-1925, Ed. Gustavo Casasola, México, 1967; Alfredo López Austin, "De la racionalidad, de la vida y de la muerte", en El cuerpo humano y su tratamiento mortuorio, Cléo/OpenEdition, http://books.openedition.org/cemca/2503, consultado el 28/09/2014 y "Misterios de la vida y de la muerte" en Arqueología Mexicana núm. 40, nov-dic 1999, pp.4-10; Lilian Scheffler, "Ofrendas y calaveras. La celebración de los Días de Muertos en el México actual", en Arqueología Mexicana núm. 40, nov-dic 1999 pp. 58-61; María de los Ángeles Rodríguez, "La muerte privilegiada en el siglo XVII" en El cuerpo humano y su tratamiento mortuorio, Cléo/OpenEdition, http://books.openedition.org/ cemca/1397?lang=es, consultado el 28/09/2014, y Usos y costumbres funerarias en la Nueva España, El Colegio de Michoacán, México, 2001, 317 p.; Rafael Pérez Gay, Héctor de Mauleón y Carlos Villasana Suverza (investigación iconográfica), Ciudad, sueño y memoria, Cal y Arena, México, 2014, 224 p.; Elsa Malvido, "Ritos funerarios en el México colonial", en Arqueología Mexicana núm. 40, nov-dic 1999, pp. 46-51; George Kubler, Arquitectura mexicana del siglo XVI, FCE, México, 1983, 683 p.; Delci Torres, "Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y las culturas", en www.redalyc. org, consultado el 01/10/2014; Dominique de Courcelles, "Funerales de indios en Nueva España del siglo XVI o la memoria impuesta", en www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/ revistas/083, consultado el 26/09/2014; Emma Paula Ruiz Ham, "Ley de Secularización de Cementerios: entre la tradición y la legislación" en www.bicentenario.gob.mx/reforma, consultado el 20/10/2014; Bernal Díaz del Castillo, Historia verdadera de la conquista de la Nueva España en www.historiadelnuevomundo.com, consultado el 18/10/2014; Benjamín Arredondo, "El Panteón Nacional, una hermosa obra de arte", en http://cabezasdeaguila. blogspot.mx/2011/07/el-panteon-nacional-una-hermosa-obra-de.html , consultado el 22/10/2014; Héctor Martínez Domínguez, "Las cofradías en la Nueva España", en http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/7975/2/anua-Ipag45-71.pdf, consultado el 17/10/2014; Elena Enríquez y Sandra Ortega, "Recuerdos de la Revolución", Km. cero, núm. 16; Elena Enríquez y Sandra Ortega, "Huellas de la Independencia", Km. cero núm. 14; Patricia Ruvalcaba, "Amores entre la historia y la leyenda", Km. cero núm. 31; Elena Enríquez, "Epidemias en la Ciudad de México", Km. cero núm.11.

Km. cero publicación mensual editada por el fideicomiso centro histórico de la ciudad de méxico.

Sandra ortega directora / patricia ruvalcaba y sandra ortega editoras responsables / roberto marmolejo y patricia ruvalcaba reporteros liliana contreras coordinación de fotógrafos / Igloo diseño y formación / Eikon fotografía nuria fernández meza corrección de estilo y apoyo a la investigación / omar aguilar y rafael facio apoyo a la edición impressión: comisa, gral. victoriano zepeda 22, col. observatorio, c.p. 11840, www.centrohistorico.dp.gob redacción: república de brasil 74, 2º piso, plaza de sta. catarina, colonia centro. méxico, d.f. teléfono 5709-8005, 6974, 8115 o 9664. kmcetocotreo agmail.com número de certificado de reserva otorgado por el instituto nacional de los derechos de autor: 04-2008-0630i3ii0300-i0i Certificado de licitud de contenido: No. 11716, Certificado de licitud de título: No. 14143.



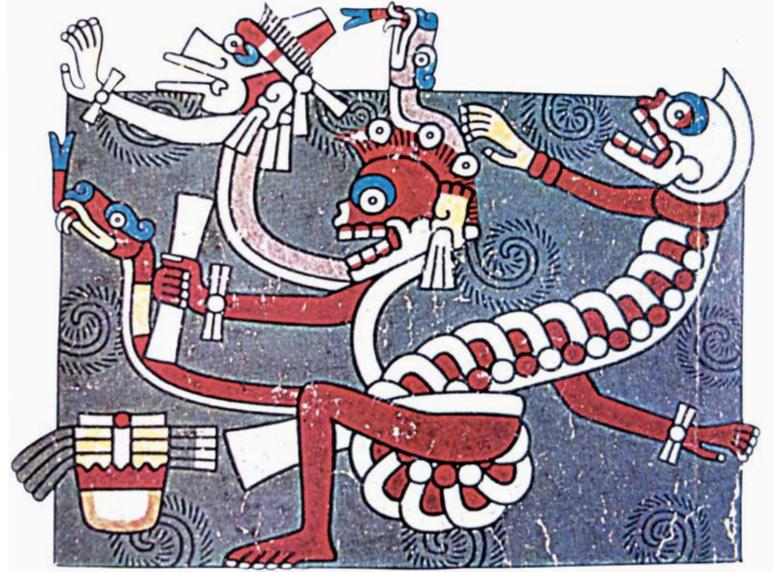
60 STURE MÉSICO D.F. oliver 196 primer plos cal. Caulos, Major D.F. Tel: 5790-0944 Ichilodhiwas Mayumo y mamda



APÓYÁMOO EL ÁRTE URBANO EN EL CENTRO HISTÓRICO DE MÉXICO



IGRAFÍA TOMANA NE: FERNA



POSIBLE REPRESENTACIÓN DE LA DISGREGACIÓN DE LOS COMPONENTES DEL SER HUMANO SEGÚN LA COSMOVISIÓN MEXICA. CÓDICE LAUD.



MUERTE, SEMILLA DE VIDA



ara los mexicas vida y muerte no eran antónimos ni "extremos de una línea recta, sino dos puntos situados de manera diametral en un círculo que está en movimiento", afirma el antropólogo Alfredo López Austin.

Las culturas mesoamericanas desarrollaron una compleja concepción del ciclo vida-muerte del ser humano.

Esa concepción abarcaba aspectos como: una cierta composición del ser humano; prácticas de preparación para la muerte y para disponer de los cadáveres; un grupo de deidades, ritos y fiestas relacionadas con la muerte y los muertos; una arquitectura del más allá y una elaborada organización de



CREMACIÓN MEXICA, CÓDICE TUDELA.

las funciones asignadas a los difuntos.

Como sociedades agrícolas, esas culturas construyeron sus arquetipos primarios alrededor del maíz. El maíz surgía de la tierra, daba frutos y luego el grano —su "semilla" o "corazón"—, volvía la tierra, donde permanecía oculto por un tiempo, sujeto a la acción de "fuerzas frías y calientes" que provocaban su regeneración.

Si la "muerte" del maíz mantenía vivo al hombre, el destino de este era similar: mantener vivo un ciclo universal, bajo el orden dispuesto por las divinidades.

Así "la muerte era la gran preparación de la vida de los futuros seres; (...) en cambio, la vida era el antecedente de la muerte (...). La destrucción de los individuos no era sino la condición indispensable para la perpetuación de las especies", explica López Austin.

La idea refleja dos principios rectores de la cosmovisión mesoamericana: continuidad y dualidad.

LAS TRES ENTIDADES ANÍMICAS

El concepto vida-muerte fue más o menos uniforme en Mesoamérica, pero las prácticas funerarias variaron en la región, y a lo largo del tiempo. En este texto se describen las creencias del grupo nahua que fundó Tenochtitlan y construyó el imperio mexica (horizonte Postclásico Tardío, 1200-1521). Los detalles varían de una fuente a otra; aquí se ofrece una apretada síntesis.

El hombre "estaba formado por la materia pesada de su cuerpo y contaba con varias entidades anímicas invisibles y ligeras", señala López Austin. La muerte significaba "la disgregación y la dispersión" de esos componentes.

La "semilla" del hombre, o *teyolía*, residía en el corazón, era indestructible y era aportada por el "dios patrono" de cada grupo humano. Al morir la persona, "el *teyolía* viajaba a uno de los lugares destinados a los muertos".

Las otras dos entidades anímicas eran el *tonalli*, situada en la cabeza, que se vinculaba "a la personalidad y al destino individual, reposaba sobre la tierra tras la muerte, y generalmente era guardado por los familiares del difunto en una caja que contenía sus cenizas y dos mechones de cabellos".

El *ihíyotl*, situado en el hígado, era el "motor de las pasiones, se dispersaba en la superficie terrestre y podía convertirse en seres fantasmales o en enfermedades".

LOS DE TLÁLOC, Y LOS DEMÁS

La muerte sobrevenía, sobre todo, porque algún dios elegía y "tomaba" a la persona. La intervención, o no, de Tláloc, dios de la lluvia, determinaba cómo se dispondría del cuerpo. "Eran enterrados todos los que morían ahogados o azotados por el rayo, los gotosos, leprosos e hidrópicos", es decir, cuando la muerte estaba relacionada con el agua y la lluvia, informa Jac-

ques Soustelle en *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista.* Los demás, eran cremados.

Las decisiones de los dioses tenían que ver, asimismo, con la conducta de la persona, según López Austin. La muerte en estado de ebriedad, por ejemplo, significaba que el individuo había sido tomado como sirviente por Ometochtli, dios principal del pulque.

Los moribundos eran asistidos por ancianos. Ocurrida la muerte, el cadáver se envolvía con mantas o un petate y, al tiempo que se le adornaba con papel, "se le encogían las piernas atándolas para preparar el bulto mortuorio", en posición fetal, describe Eduardo Matos Moctezuma en *Tenochtitlán*.

"Previamente, se había colocado una piedra verde o *chalchihuite* en la boca del muerto si éste era noble"; si era del pueblo, una de obsidiana. La piedra sustituía al corazón.

La mayoría de los cuerpos eran incinerados junto con un perro bermejo

LA "SEMILLA" DEL HOM-BRE, O TEYOLÍA, RESI-DÍA EN EL CORAZÓN, ERA INDESTRUCTIBLE Y ERA APORTADA POR EL "DIOS PATRONO". —rojizo—; las cenizas de ambos se depositaban en una vasija, y se enterraban en la vivienda de los deudos, de preferencia cerca del fuego. El perro guiaría al *teyolía* durante su paso por los nueve estratos del inframundo.

El trayecto incluía retos que "pulían" el *teyolía* hasta dejarlo limpio de todo rastro de individualidad, listo para la regeneración.

Pero los ritos funerarios diferían según si el muerto era un *tlatoani*, un guerrero, un sacrificado a los dioses o una mujer muerta en el primer parto.

Cuando moría un dignatario, refiere Soustelle, "se mataba a algunas de sus mujeres o a algunos de sus servidores" —quienes decidían acompañar al muerto—, aunque los restos de ellos no se depositaban con los del dignatario. Los soberanos iban decorados con adornos relacionados con Huitzilopochtli y los bultos mortuorios "se adornaban con papeles y plumas, y se les colocaba una máscara de piedra esculpida o de mosaico".

Las mujeres muertas en su primer parto eran divinizadas automáticamente. La gente trataba de robar los dedos medios o los brazos, pues eran considerados reliquias —que protegían o daban poder—; por ello, durante las exequias, de cuatro días, los cuerpos eran vigilados. Algunos reyes y también, según unas versiones, los "tomados" por Tláloc, eran deificados.

El lugar de enterramiento de los restos también variaba: guerreros y tlatoanis, en el Templo Mayor; las muertas de primer parto, "en el patio del templo Chihuapipitlin y los niños debajo de los graneros", escribe la experta María de los Ángeles Rodríguez.

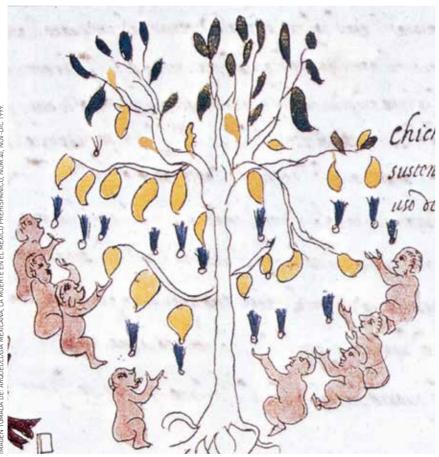
Generalmente, una vez enterrado el cuerpo o la vasija con cenizas, sobre la sepultura se ponía una ofrenda de tamales —o de alimentos, animales y otros objetos—, se lloraba y se bebía pulque. El ritual se repetía a los 20 y a los 80 días, cada 80 hasta cumplir el año, y luego cada año hasta el cuarto año —esto variaba según el rango del muerto—, pues entonces el *teyolía* había llegado a Mictlán.

Antes del descenso a Mictlán, la deidad Tlaltecuhtli devoraba la carne y la sangre del difunto; los huesos terminaban en Mictlán, donde reinaban Mictlantecuhtli y Mictecacíhualt.

LOS CUATRO DESTINOS

Había cuatro posibles destinos para el *teyolía*, afirma López Austin: "Mictlán ("lugar de los muertos"), situado en

EL SACRIFICIO ALIMEN-TABA AL DIOS TUTELAR, ERA UNA EXPIACIÓN COMUNITARIA Y LIBERA-BA "LA ENERGÍA VITAL" REPRESENTADA POR LA SANGRE O XÍHUATL.



EL CHICHIHUALCUAUHCO, A DONDE IBAN LOS LACTANTES, CÓDICE VATICANO.



"... nuestra madre, nuestro padre Mictlantecuhtli, Tzontémoc, Cuezalli, permanece con gran sed de nosotros, permanece con gran hambre de nosotros, permanece jadeando (...). En ningún tiempo tiene reposo; en la noche, en el día, permanece gimiendo...". (Códice Florentino, traducción de Alfredo López Austin)



APARICIÓN DE UN FANTASMA EN FORMA DE BULTO MORTUORIO. CÓDICE FLORENTINO.

las profundidades de la tierra, al que se dirigían quienes habían fallecido de muerte común; el Ichan Tonahuih Ilhuícatl ("el cielo que es la morada del Sol"), reservado a los caídos en combate, los ofrecidos al Sol --en sacrificio—, las mujeres muertas en su primer parto y los comerciantes que habían perecido en las expediciones mercantiles —pues fungían como espías—; el Tlalocan ("lugar de Tláloc"), paraíso de la vegetación (para los "tomados" por ese dios), y el Chichihualcuauhco" o árbol nodriza, para los niños lactantes, donde estos permanecían suspendidos, como pimpollos, chupando de los frutos con forma de mamas, en espera de una segunda oportunidad.

La función del *teyolía* en el más allá —como había sido en vida— era servir a los dioses, ayudarlos a mantener el orden cósmico: "...conducir la lluvia, hacer brotar las plantas, (...) causar o curar enfermedades, etc.", escribe el experto.

A los muertos en batalla les correspondía acompañar al Sol. Los varones lo escoltaban desde el alba hasta el mediodía; las mujeres, desde ese momento, hasta el crepúsculo.

CULTOS Y CULTOS

Considerada "semilla de vida", la muerte era evocada copiosamente en la arquitectura y la pintura, las artes decorativas, la poesía y el habla, la agricultura y las prácticas medicinales, en fin, en todos los órdenes de la vida.

López Austin distingue varios tipos de cultos relativos a la muerte: a los dioses de la muerte y a los muertos divinizados; a los antepasados, "en la veneración de sus restos mortales depositados en el hogar o en el templo de la comunidad"; "a las fuerzas sobrenaturales contenidas en las reliquias", y a los difuntos en general.

Fray Bernardino de Sahagún describe seis fiestas en el calendario mexica en honor a varias deidades mayores. En todas se recordaba a los muertos. Por ejemplo, la de Huitzilopochtli, en julio, era "la fiesta pequeña de los muertos"; la del Dios del Fuego,

en agosto, "era la fiesta grande para los muertos" y la del 20 de octubre al 8 de noviembre —la que coincide con la actual— estaba dedicada al Dios de la Guerra o Mixcóatl.

LA MUERTE GLORIOSA

La creación de cada grupo humano se había dado gracias el sacrificio de un dios tutelar.

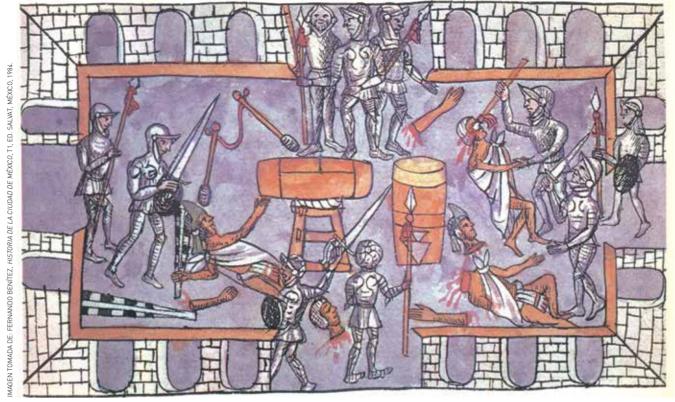
"Con una porción de su propio "corazón", el dios (patrono) había entregado a su pueblo una etnia, una lengua, un oficio y la obligación de reconocerlo y adorarlo en una forma especial", explica López Austin.

Así, cada grupo estaba siempre "en deuda" y debía ofrendar periódicamente su posesión más valiosa, su vida; de otro modo, la "diosa tierra" dejaría de producir frutos. También en este caso, había un repertorio de sacrificios, dependiendo del dios a quien se tributaba, o de la edad y la procedencia del sacrificado.

En el Templo Mayor se ejecutaban muchos de esos sacrificios. La lámina 30 del *Códice Durán* muestra un sacrificio en el adoratorio de Huitzilopochtli. Tres personajes sujetan a la víctima, mientras el sacerdote ejecuta el sacrificio, y la sangre mana por la escalinata.

Cuando el sacrificado era un cautivo, "el cuerpo era arrojado escaleras abajo del templo, para que su cabeza descarnada se colocara en el Tzompantli, su corazón se comía y el resto del esclavo era llevado a cuestas por el dueño, para la comida ritual; la cabeza era comida por los sacerdotes, y el corazón, ofrendado al dios, aunque esto no era una regla", apunta María de los Ángeles Rodríguez.

Algunos individuos eran preparados desde niños para ser sacrificados. El sacrificio tenía varios sentidos: alimentaba al dios tutelar (u otro), era un acto expiatorio pues se llevaba "los pecados de la comunidad" y liberaba "la energía vital" representada por la sangre o xíhuatl. Con el primer borbotón, explica la experta, "se iniciaba el intercambio con el mundo sobrenatural". El "líquido precioso" "revitalizaba al Sol" y alimentaba a los dioses. *



MATANZA DE NOBLES EN EL TEMPLO MAYOR, DURANTE LA FIESTA DE TÓXCATL, EL 20 DE MAYO DE 1520. CÓDICE DURÁN.



CRISTIANIZACIÓN DE LA MUERTE



113 de agosto de 1521 México-Tenochtitlan, capital del imperio mexica y una de las ciudades más pobladas del mundo, cayó en manos de los españoles, tras 75 días de asedio.

Doblegada por la guerra, el hambre, la sed y la viruela —enfermedad traída por los extranjeros—, la ciudad quedó literalmente sembrada de cadáveres. Ese sería el sino de la población nativa. Debido a las epidemias y al trabajo forzado en minas, obrajes y en la construcción, de los 25 millones de habitantes que tenía el altiplano mexicano antes de 1521, quedaban seis millones en 1547, y un millón a fines del siglo xvi.

También, el 13 de agosto de 1521, había comenzado "la muerte de los dioses prehispánicos", escribe Eduardo Matos Moctezuma en un artículo, pues a partir de ese día, la cosmovisión mesoamericana sería sofocada mediante la fuerza y la evangelización.

SACRAMENTOS DE URGENCIA

Al tiempo que emprendía la construcción de la capital de la Nueva España sobre y con los restos de Tenochtitlan, Cortés solicitó a España frailes para evangelizar a la población nativa; este fue, de hecho, el argumento principal de la Conquista. Las primeras prédicas las realizó él mismo, junto con tres religiosos que lo habían acompañado durante la Conquista.

En 1524 llegaron 12 franciscanos con esa misión papal; para 1540 había un centenar de misioneros —franciscanos, dominicos y agustinos— diseminados en el territorio conquistado.

En 1524 se efectuó, asimismo, la primera "junta apostólica" en México-Tenochtitlan, informa Dominique de Courcelles en "Funerales de indios en Nueva España del siglo xvi o la memoria impuesta". En esa junta se reafirmó la necesidad de "implantar la fe cristiana" y "el derecho de los indios a la recepción del sacramento de la extremaunción, a las misas de los muertos y al entierro en el cementerio".

Pero durante casi todo el siglo los misioneros priorizaron la administración de los sacramentos del bautismo — "puerta y primera etapa para salvarse" — y del matrimonio —para erradicar la poligamia; algunos caciques tenían hasta 200 mujeres—, mientras que la extremaunción se postergó, tanto en el adoctrinamiento como en la práctica sacerdotal.

LOS NATIVOS LLEGARON A LLENAR ATAÚDES CON PIEDRAS, PRETENDIEN-DO QUE ERAN CADÁVE-RES, PARA CUMPLIR EL MANDATO DE ENTIERRO EN EL CEMENTERIO.

NUEVOS RITOS

La llamada "cristianización de la muerte" fue un aspecto especialmente difícil de la evangelización. El choque entre dos visiones de la vida y la muerte se había verificado desde los primeros contactos entre españoles y mexicas.

Los españoles se habían horrorizado ante los sacrificios humanos y el canibalismo ritual. Bernal Díaz del Castillo narró cómo, en el Templo Mayor, 62 españoles aprehendidos por los mexicas fueron sacrificados mediante extracción del corazón.

Fray Toribio de Benavente, Moto-

linía, quien estudió por años a los naturales, percibió una de las diferencias fundamentales, según De Courcelles: si en la fe católica "Dios da su cuerpo y su sangre en alimento a sus fieles", en la religión mexica los fieles "alimentan con su sangre y cuerpo humanos, a los dioses gracias a la guerra sagrada".

A los indios les horrorizaba, a su vez, la idea de no ofrendar sangre a sus dioses —representados en estatuillas domésticas—, lo que hacían mediante cortes en las orejas, la lengua o los brazos; o la de enterrar a los muertos en un sitio alejado de sus casas —en los atrios de los templos—, dentro de un cajón de madera.

O renunciar a la certeza de la transmigración, según la cual el *teyolía* podía reaparecer en ciertos animales o aves. Les asustaba registrar en un libro —y más tarde, en una piedra— el nombre del muerto, ya que según sus creencias, una vez que los difuntos llegaban a Mictlán pasaban a un estado semi divino, integrándose a las fuerzas naturales, y se olvidaban de ellos.

También era aterradora para los indios la noción de que había un solo Dios todopoderoso que premiaba o castigaba, después de la muerte, con una eternidad en el cielo o en el infierno,

respectivamente, hasta que llegara el Juicio Final. Y que debido a sus creencias ancestrales, ellos estaban en manos del demonio.

Como explicaban algunos caciques a los primeros frailes, no podían decirle a su gente que la religión mexica era falsa, de un día para otro.

Los nativos se resistieron a abandonar sus prácticas funerarias ancestrales. A escondidas siguieron realizando sacrificios y llegaron a llenar ataúdes con piedras pretendiendo que eran cadáveres, para cumplir el mandato del entierro en el cementerio.

Pero en la ciudad era difícil mantener esas prácticas. Entre los jóvenes conversos, algunos tenían la misión de descubrir y señalar a quienes guardaran "ídolos" en casa; incinerar cuerpos no era sencillo, pues el humo delataba a los infractores.

De todos modos, el miedo a la muerte, tan arraigado en Europa a consecuencia de las epidemias medievales, y que era desconocido en Tenochtitlan, se fue enraizando durante el siglo xvi. En un proceso lento, los indios fueron asimilando los ritos de la "buena muerte": confesión, penitencia, extremaunción, misa de muertos y enterramiento en un cementerio.



"Digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas adonde se había retraído Guatemuz. Digo que juro, amén, que todas las casas y barbacanas de la laguna estaban llenas de cabezas y cuerpos muertos, (...) y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos.

Yo he leído la destrucción de Jerusalén; mas si fue más mortalidad que ésta, no lo sé cierto...". (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la* conquista de la Nueva España)



EN EL SIGLO XVIII SE ACOSTUMBRABA RETRATAR A NIÑOS MUERTOS. RETRATO DE THOMAS MARÍA JUACHÍN VILLASEÑOR, ANÓNIMO, 1760.

MUERTE BARROCA

a sociedad novohispana temprana estaba dividida en dos clases principales: dominantes, que eran los peninsulares, y dominados, que eran los indios.

A los dominados se sumaron, primero, criollos y mestizos y, para fines del siglo xvi y principios del xvii, esclavos negros y asiáticos. De las mezclas resultaron las castas, lo que produjo nuevos grados de estratificación, sin que la división principal cambiara.

En la Ciudad de México del siglo xvII la presencia de la muerte era constante. Tuvieron lugar epidemias, inundaciones —como la de 1629, que duró casi cinco años— terremotos y motines. Como resultado, convivieron numerosas creencias y prácticas mortuorias que reflejaban la estratificación social y la diversificación demográfica.

LA "MUERTE PRIVILEGIADA"

Para la historiadora María de los Ángeles Rodríguez uno de los fenómenos más significativos del siglo es la consolidación de la "muerte privilegiada", una serie de ritos fúnebres muy suntuosos, elaborados y onerosos practicados por la clase dominante. La muerte se volvió una oportunidad más para exhibir poder económico.

En aquella época, para morir, un rico necesitaba "un médico, toda una botica, cirujano, sastre, músicos, cantores y bulas", cita la experta en su artículo "La muerte privilegiada en el siglo xvII". Eso, para morir. Luego, los funerales incluían los túmulos funerarios (o pira funeraria) y los elogios fúnebres.

Los túmulos eran monumentos efímeros "enormes y muy ornamentados" que solían encargarse a notables

maestros de arquitectura. Estaban decorados con telas, emblemas, blasones, cientos de velas y textos alusivos a la importancia del muerto.

"En la Nueva España se levantaron en las exequias reales, en las honras funerarias de virreyes y sus esposas; en las de arzobispos y obispos; y en las de hombres y mujeres ricos, poderosos y de alta alcurnia", explica Rodríguez.

La exhibición del túmulo, junto al cuerpo en alguna iglesia, era antecedida por una procesión fúnebre cuyo protocolo dependía del rango del muerto. Los cuerpos de los obispos, por ejemplo, se llevaban desde el palacio que habitaran hasta la Catedral, en medio de músicas y rezos.

Los elogios fúnebres eran libros que describían y exaltaban la vida del difunto, y también los hacían por encargo escritores destacados.

Los funerales fastuosos eran solo una parte del amplísimo repertorio de la "Fiesta barroca": vistosas festividades cívicas, académicas y litúrgicas que se efectuaban en las calles. Para algunos estudiosos, reflejaban no solo un espíritu de época, sino de una estrategia de control, el llamado "pan y circo".

La estratificación social estaba relacionada también con el emplazamiento de las sepulturas en templos, conventos y hospitales.

Como se creía que a mayor proximidad con el altar, mayores eran las posibilidades de llegar al cielo, los sitios cercanos al altar y a las reliquias —de santos europeos y asiáticos traídas de Europa— eran los más cotizados. La Iglesia administraba los sacramentos y los sitios de enterramientos. Buena parte de sus ingresos provenía de la asistencia para el "bien morir",

la venta de espacios para la sepultura, los novenarios y los rezos periódicos destinados a restar tiempo del difunto en el purgatorio, entre otros "servicios", como bulas e indulgencias.

Los pudientes patrocinaban a veces la construcción de conventos, templos, capillas, colegios, o los mantenían, con el fin de obtener sitios y tratamiento privilegiado después de morir.

LA MUERTE NO PRIVILEGIADA

La mayoría de los desfavorecidos eran enterrados en los atrios de templos y cementerios de hospitales. Ellos también, después de velar los cuerpos en las casas, hacían procesiones, "humildes ataúdes cargados por dos hombres y seguidos por unos cuantos deudos y amigos del difunto", describe Antonio Rubial García en su libro La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo xvii.

Para muchos pobres, incluso para algunos indios, la pertenencia a una cofradía —ya fuera de carácter gremial o de casta— garantizaba los recursos para tener una "buena muerte".

Pero no faltan en las crónicas escenas de cadáveres apenas amortajados, abandonados en sitios públicos, por

EN EL SIGLO XVII, PARA MORIR, UN RICO NECE-SITABA "UN MÉDICO, TODA UNA BOTICA, CIRUJANO, SASTRE, MÚSICOS, CANTORES Y BULAS". carecer los deudos de recursos para los funerales. Curiosamente, un sitio muy usado para ese fin fue el mercado de El Volador, donde actualmente está la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

LA JUSTICIA ALECCIONADORA

La presencia constante de la muerte se manifestaba también por la vía de la impartición de justicia. Se consideraba que, para que fueran ejemplares, los castigos debían ejecutarse en la plaza pública. Las sanciones iban del escarnio y los azotes, a la muerte.

Las dos instituciones rectoras de la vida colonial eran el Estado y la Iglesia. El primero se ocupaba de los delitos comunes, mediante varios juzgados de la Audiencia. La segunda, "controlaba los cuerpos y las conciencias a través del monopolio de los medios de difusión y del (tribunal del) Santo Oficio de la Inquisición, encargado de castigar los delitos contra la religión", recuerda Rubial. El Arzobispado también perseguía y castigaba.

"Los condenados a la pena máxima caminaban por las calles con la mirada baja, vestidos con una túnica blanca y un bonete azul, el hábito de la Concepción que aseguraba indulgencias celestes a quienes lo portaban. Un pregonero delante de ellos proclamaba sus crímenes (...). Detrás iban a caballo el alguacil que los prendió y el juez que los sentenció, para dar legalidad al acto. Al llegar a la horca, los reos con las manos atadas sobre un crucifijo recibían el último sermón de labios de un religioso que los exhortaba a bien morir. (Los cuerpos) eran izados con gruesas cuerdas bajo la horca, ante la mirada impávida de numerosos espectadores. A veces, cuando el delito lo ameritaba, el verdugo cercenaba las manos o la cabeza del ahorcado y las colocaba en la punta de una estaca, para dar prueba de la justicia del rey". Después, los hermanos juninos y los cofrades de la Santa Veracruz "paseaban" los cuerpos por la ciudad, pidiendo limosnas para pagar "mortaja, misas y ataúd".

Esas ejecuciones ocurrían en la Plaza Mayor. En el atrio frente al hospital de San Lázaro (por el rumbo de la Candelaria de los Patos), se quemaba a los homosexuales y en el extremo sudoeste de la Alameda (calle Dr. Mora), "también por fuego", morían los criptojudíos y los herejes juzgados por el Santo Oficio. Entre 1571, cuando se abrió el tribunal, y 1649, se ejecutó a 34 personas.

Otros "delitos" perseguidos juzgados por el tribunal eran la bigamia, la blasfemia, el fingimiento místico o religioso, y la hechicería, que se castigaban casi siempre mediante "escarnio, azotes y trabajo forzado".

Por si fuera poco, "las calles contemplaban también aquellas (muertes) producidas por la violencia, por los celos, por el hambre, por la desesperación", apunta Rubial.

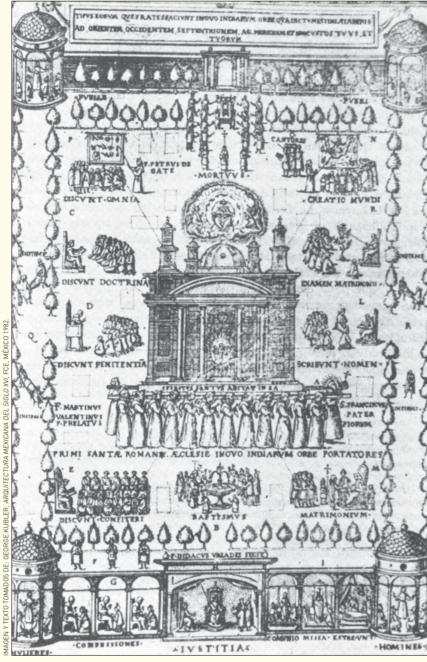
Ese ambiente "lúgubre" se acentuaba con la danza de la muerte, en la que alguien disfrazado de esqueleto "danzaba predicando la igualdad del género humano ante sus designios". Traída de Europa, se ejecutaba en los autos sacramentales y otras ceremonias.

EL DÍA DE MUERTOS

Los días 1º y 2 de noviembre, la tradición católica celebraba el Día de Todos los Santos (los mártires cristianos anónimos) y el Día de Todas las Almas, respectivamente. La tradición se había importado a mediados del siglo xvi. El Día de Muertos los peninsulares acudían a bendecir reliquias de pan y azúcar —antecedentes de las calaveras y el pan de muerto—, y los guardaban el resto del año, como protección, apunta Elsa Malvido en "Ritos funerarios en el México colonial".

La celebración católica coincidía con una de las seis fiestas mexicas que evocaban a los muertos, y muchos indios seguían poniendo ofrendas en sus casas y en las tumbas de sus difuntos. Algunos conservaban "ídolos" prehispánicos, se describe en *La plaza...* Esos usos "seguían vivos y los curas párrocos terminaron aceptándolos y echando agua bendita sobre la comida, las flores y las velas que se ponían en los cementerios el día de muertos".

Además, en los portales de la Plaza



En la Europa medieval los cementerios "servían como lugares de esparcimiento y mercado; eran el sitio natural de reunión para los feligreses que asistían al culto. En México, el documento más ilustrativo a este respecto es el grabado del esquema de un atrio, hecho por Diego Valadés hacia 1579. (...) muestra una procesión fúnebre en la parte superior (...). Los rectángulos punteados pueden hacer alusión a tumbas". Este uso social se prolongó aún en parte del siglo xvII.

Mayor se "ponían ofrendas de muertos y se congregaba una gran multitud a tomar y comer figuritas de masa de almendra en forma de frailes, monjas, aves, sirenas, féretros y mitras", describe Rubial.

LOS BORBONES

En 1700 el trono de España pasó a manos de la Casa Borbón, con lo que cambió la visión de Estado. En Nueva España, la casa reinante anterior, los Habsburgo, habían permitido la formación de un sistema corrupto y patrimonialista, en el que la Iglesia y otras corporaciones habían acumulado gran poder.

Para recobrar el control y moder-

nizar al Estado se ideó un conjunto de reformas político-administrativas, financieras, militares y culturales. La Ciudad de México, la más importante entre las posesiones españolas, era próspera, pero también sucia, desordenada e insegura. Era el laboratorio adecuado para aplicar unas reformas de carácter higienista y ordenador.

Durante "los reinados de Carlos III (1759-1788) y, sobre todo, de Carlos IV (1788-1808), se comenzó a asociar la muerte con la podredumbre, la suciedad, la contaminación y la propagación de las enfermedades, y se comenzó realmente a disociar a los vivos y los muertos", escribe Nadine Béligand en "La muerte en la Ciudad de México en el siglo xVIII".

Cerrar los cementerios que había en la ciudad, trasladar los restos a nuevos panteones creados exprofeso fuera de "la traza" y limitar las visitas masivas de indios en Día de Muertos al panteón de San Francisco de los Naturales —donde todos tenían al menos algún difunto—, fueron algunas disposiciones. Otras, como pasar a manos del Estado el registro de las defunciones, buscaban limitar los privilegios de la Iglesia.

Sin embargo, las reformas encontraron resistencias y dificultades. La gente se negaba a separarse de sus muertos y a ser enterrada lejos de los templos. Se temía más a eso, que al contagio de las enfermedades.

La Iglesia, por su parte, se resistía a perder las ganancias que le significaba la administración de los sepulcros.

La decisión de las autoridades de separar a los vivos de los muertos no logró concretarse en esa época, aunque sí se llegó a una solución intermedia: la de "separar los muertos "buenos" (cuya defunción no se debía a la peste) de los muertos apestados, cuyos cadáveres permanecían cerca de los hospitales".

El estallido de la guerra de Independencia paralizó las reformas, pero según Béligand, lo logrado hasta entonces favorecería la actuación de los liberales en el siguiente siglo. *





DOS RELICARIOS VIRREINALES.

HECHIZOS Y BRUJERÍAS

Numerosas expresiones populares más o menos ocultas vinculaban la muerte con prácticas de hechicería y magia, gracias a la mezcla de creencias locales con las traídas de otras partes, por los negros, por ejemplo.

Se practicaban maleficios para "acarrear enfermedad, pobreza, soledad o deshonra, y en el último de los casos la muerte" y proliferaban las apariciones de "ánimas". Curanderas africanas y afromestizas, así como otros médiums que descifraban supuestos mensajes de los muertos, eran contratados por ricos y pobres.

Algunos pulperos guardaban "un hueso de difunto" debajo del mostrador y una chocolatera "meneaba su mercancía con los dedos de un ahorcado" para aumentar las ventas. "El consumo de huesos humanos con fines mágicos generó un saqueo de sepulturas", anota Rubial.

Este autor cita un relato de Carlos de Sigüenza y Góngora sobre unos hallazgos durante obras en las acequias, en 1691: "... se sacó debajo del puente de Alvarado infinidad de costillas supersticiosas" (así como) cantarillos y ollitas que olían a pulque y mayor número de muñecos y figurillas de barro, y de españoles todas (...) atravesadas con cuchillos y lanzas que formaron del mismo barro, o con señales de sangre en los cuellos como degollados".



"... el 2 de noviembre era difícil encontrar cera en la ciudad, pues toda se había consumido la noche anterior en las ofrendas colocadas en los altares domésticos, en las tumbas de los cementerios y en los templos". (Antonio Rubial, *La plaza...*).



LA MUERTE, EN MANOS DEL ESTADO



n el siglo xix las ideas y prácticas mortuorias sufrieron un vuelco.

El virrey Revillagigedo (1789-1794) había ordenado, entre otras medidas, la apertura de cementerios fuera de la ciudad, explica Ethel Herrera en el estudio "La arquitectura funeraria en la Ciudad de México desde la época virreinal". La Corona, asimismo, había prohibido la inhumación en templos y conventos, orden que no se acataba.

Más tarde, el virrey Iturrigaray (1803-1808) encargó al arquitecto del momento, Manuel Tolsá, el proyecto de un panteón "modelo". Tolsá entregó en 1808 el "Modelo de planos para la construcción de cementerios extramuros de las poblaciones", que incluía dos tipos, uno para "ciudades más grandes y otro para pueblos pequeños y pobres".

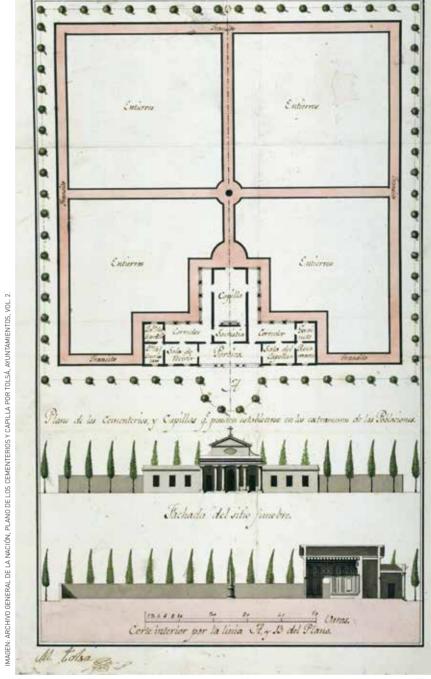
Aunque el plan de Tolsá no se realizó, informa Herrera, a partir de entonces se fundaron "panteones con proyectos definidos. Presentan un diseño de planta rectangular, cuadrada o elíptica, algunos con galerías porticadas que albergan nichos y otros con pasillos laterales, gran portada, un patio para enterramientos dividido en cuatro por anchas calles, a veces un osario al centro, capilla al fondo con sacristía y habitaciones para el capellán y para el sepulturero. Se encuentran rodeados por un muro (...) y un pasillo exterior delimitado por una fila de árboles".

Varios panteones de la primera mitad del siglo xix siguieron ese modelo, "algunos tal cual y otros con modificaciones, de acuerdo con las diferentes necesidades", señala Herrera. A ese periodo corresponden los de San Pablo (1809), el británico (1824), el de San Fernando (1832) y el de Santa Paula (1837), por citar algunos.

EL ESTADO SE HACE CARGO

El año en que Tolsá entregó sus planos, 1808, el síndico del Ayuntamiento Francisco Primo de Verdad encabezó una rebelión de corte independentista, que le costó la libertad y la vida. Fue uno de los hechos que encendieron el movimiento insurgente.

Tras la consumación de la Independencia, el orden virreinal se mantuvo más o menos intacto hasta la mitad del siglo xix. Las aparatosas



PLANO MODELO DE MANUEL TOLSÁ PARA CEMENTERIOS FUERA DE LAS CIUDADES.

exequias de Agustín de Iturbide (1783-1824), por ejemplo, fueron similares a las de la elite colonial. Las epidemias seguían asolando a la ciudad y sobresaturando los cementerios.

El cambio de paradigma que fundó la República vino con las Leyes de Reforma impulsadas por los liberales. El paquete legislativo creó un Estado laico que asumió la rectoría en materias como educación, salud, beneficencia y registro civil.

Solo en 1859 se promulgaron las leyes de Nacionalización de los Bienes del Clero, la del Matrimonio Civil, la del Estado Civil de las Personas (registro civil) y la de Secularización de los Cementerios. Esta "declaraba el cese de toda injerencia por parte del clero en los sitios destinados para el confinamiento de los muertos (...). En su lugar, esta responsabilidad pasaría a manos de los jueces del Estado civil", informa la investigadora Emma Paula Ruiz Ham, en el artículo "Ley de Secularización de Cementerios: entre la tradición y la legislación".

La normativa creó la figura del concesionario; los panteones podían instituirse a petición de particulares, quienes los administrarían.

Se regulaba, por primera vez, la forma en que debían construirse los panteones: "(...) fuera de las poblaciones, pero a una distancia corta: que se hallen situados, en tanto cuanto sea posible, a sotavento del viento reinante"; debían estar vallados, tener árboles y una puerta, y se debían tomar medidas para su "conservación, decoro, salubridad, limpieza y adorno".

Las inhumaciones debían ser registradas por la autoridad civil; los

deudos eran libres de solicitar los servicios de los ministros del culto en los enterramientos; la profanación de tumbas se convertía en delito, y las tarifas de los servicios funerarios prestados por la autoridad serían decididas localmente.

Sin embargo, por las creencias arraigadas entre la población y porque la nueva normatividad disminuyó las ganancias de la Iglesia —a fines del siglo xviii, esta era propietaria del 47 por ciento de la Ciudad de México—, los enterramientos en templos y junto a conventos se siguieron realizando, clandestinamente.

Esos "servicios" se encarecieron tanto que, incluso antes de la Ley de Cementerios, ya habían provocado una crisis. "Hacia 1850 llegó a ser una labor diaria de la policía enterrar cadáveres abandonados (por los parientes) en la vía pública por carecer de dinero para pagar los derechos parroquiales de entierro", se lee en Seis siglos de historia gráfica de México: 1325-1925.

MUERTE DE LOS CEMENTERIOS

En 1861 los cementerios pasaron a ser propiedad del Estado. Algunos fueron adjudicados a instituciones estatales recién creadas, otros vendidos, unos más se usaron para abrir calles —como el panteón de San Francisco, para abrir la de Gante— o para construir vecindades, como el del Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles.

Solo sobrevivió el de San Fernando, considerado actualmente uno de los dos panteones históricos de la ciudad. El otro es el del Tepeyac.

En la segunda mitad del siglo XIX se construyeron cementerios fuera de la ciudad histórica y con nuevas tipologías, determinadas por las comunidades extranjeras —británica, francesa, española, israelí y otras—.

NACEN LAS POMPAS FÚNEBRES

Eusebio Gayosso tenía 21 años cuando, en 1875, fundó en la esquina de Isabel La Católica y 5 de Mayo, donde hoy está el Hotel Gillow, la Agencia de Inhumaciones Eusebio Gayosso y Cía.

La idea le vino después del calvario que pasó para enterrar a su madre: él mismo tuvo que conseguir las flores, los cirios, un carpintero que hiciera el ataúd, hacer los trámites ante el Registro Civil y el cementerio, así como contratar al enterrador.

Que una agencia se encargara de todas esas tareas mientras los deudos se entregaban a su dolor y a los rezos, fue una idea novedosa que muy pronto adoptaron las personas pudientes. En 1896 Gayosso abrió la sucursal Hombres Ilustres —en la actual avenida Hidalgo— y en 1902 las oficinas se instalaron en "un edificio estilo neoclásico, en el terreno donde ahora se encuentra el Teatro Hidalgo". *

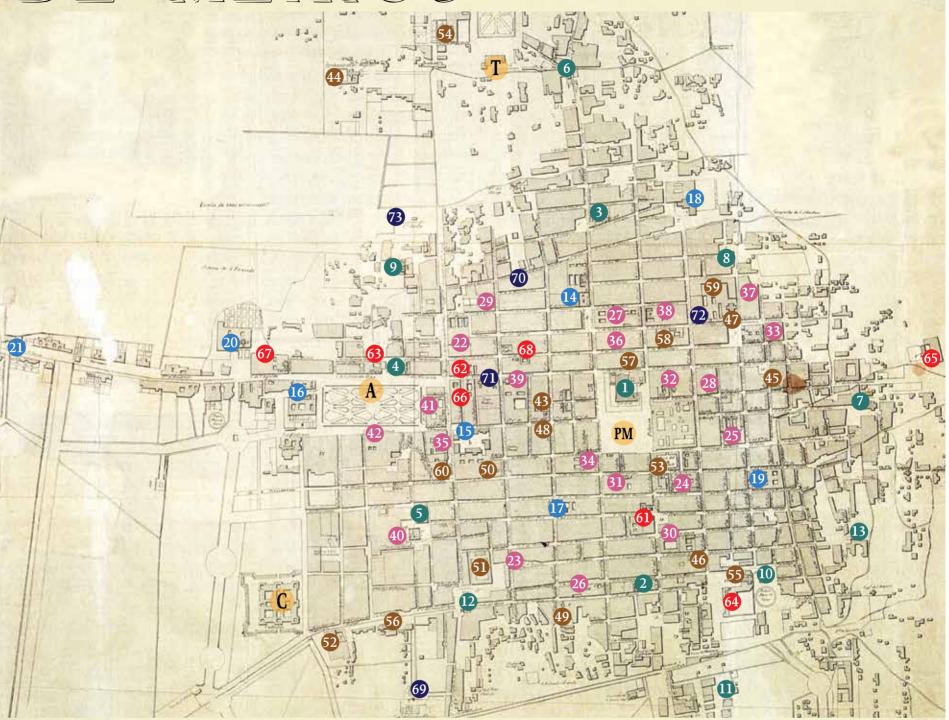


En 1869 persistía la costumbre virreinal de los "entierros capote": "...los sacristanes, gente por lo regular holgazana y sin principios de moral, (hacen), como son todas las cosas de iglesia, un comercio infame, enterrando ocultamente los cadáveres de niños debajo del piso de los templos, mediante alguna cantidad de dinero". (Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas*, VII Crónicas, Tomo I).

PLANO GENERAL DE LA CIUDAD MEXIC

FORMADO SEGÚN LOS DATOS MÁS RECIENTEMENTE ADQUIRIDOS PARA SERVIR A LA GUÍA DE FORASTEROS PUBLICADA POR EL SEÑOR GENERAL D. JUAN T. ALMONTE

AÑO DĚ 1853



- T Tlatelolco
- A Alameda
- PM Plaza Mayor
- Ciudadela

Parroquias

- 1. Sagrario y Catedral
- 2. San Miguel
- 3. Santa Catarina Mártir
- 4. Santa Veracruz
 - (en donde se daba sepultura a los ajusticiados que morían en el ejido por mandato del Tribunal de la Acordada)
- 5. San José
- 6. Santa Ana
- 7. Santa Cruz y Soledad
- 8. San Sebastián
- 9. Santa María
- 10. San Pablo
- 11. Santa Cruz Acatlán

- 12. Salto del Agua
- 13. Santo Tomás La Palma

Conventos de religiosos

- 14. Santo Domingo
- 15. San Francisco
- 16. San Diego 17. San Agustín
- 18. El Carmen
- 19. La Merced
- 20. San Fernando
- 21. San Cosme

Conventos de religiosas

- 22. La Concepción
- 23. Regina
- 24. Balvanera
- 25. Jesús María
- 26. San Jerónimo
- 27. La Encarnación

- 28. Santa Inés
- 29. San Lorenzo
- 30. San José de García
- 31. San Bernardo
- 32. Santa Teresa la Antigua
- 33. Santa Teresa la Nueva
- 34. Capuchinas
- 35. Santa Brígida
- 36. Enseñanza antigua
- 37. Enseñanza nueva
- 38. Santa Catalina de Sena
- 39. Santa Clara
- 40. San Juan de la Penitencia
- 41. Santa Isabel
- 42. Corpus Christi

Otras iglesias y colegios

- 43. La Profesa
- 44. Nuestra Señora de los Ángeles
- 45. La Santísima (templo hospital-convento)

- 46. San Camilo
- 47. Nuestra Señora de Loreto
- 48. Espíritu Santo
- 49. Montserrate
- 50. Colegio de Niñas
- 51. Colegio de las Vizcaínas
- 52. Colegio de San Miguel de Belem
- 53. Colegio de Porta Coeli
- 54. Colegio de Santiago Tlatelolco
- 55. Colegio de San Pablo 56. Colegio de San Pedro Pas-
- cual de Belem 57. Colegio del Seminario
- 58. Colegio de San Ildefonso
- 59. Colegio de San Gregorio
- 60. Colegio de San Juan de Letrán

Hospitales

- 61. Hospital de Jesús
- 62. Hospital de San Andrés

- 63. Hospital de San Juan de Dios
- 64. Hospital de San Pablo
- 65. Hospital de San Lázaro
- 66. Hospital de terceros de San Francisco
- 67. Hospital de San Hipólito para hombres dementes
- 68. Hospital del Divino Salvador para mujeres dementes

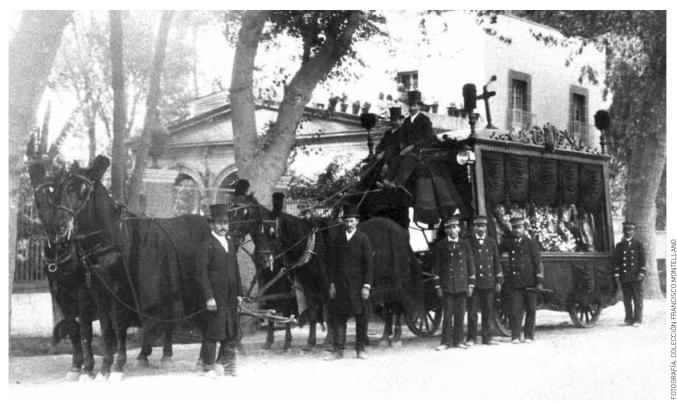
Otros

- 69. Capilla y camposanto del Campo Florido
- 70. Casa de la Misericordia (en donde se daba sepultura a los ajusticiados que morían en la plaza mayor)
- 71. Hospital-convento de Betlehemitas
- 72. Colegio de San Pedro y San Pablo
- 73. Panteón de Santa Paula



LA MUERTE CAMBIANTE





ELEGANTE CARROZA FÚNEBRE CAPTADA POR CHARLES B. WAITE EN 1904.

a estabilidad política lograda tras la restauración de la República se consolidó durante el Porfiriato (1876-1911), mediante el control de todos los órdenes de la vida política, por parte del régimen.

En la Ciudad de México, el cambio de siglo estuvo marcado por los preparativos para los festejos del Centenario de la Independencia.

El programa incluyó actividades cívicas, culturales y diplomáticas, y un ambicioso plan constructivo. Los ejes discursivos eran la exaltación de los héroes de la Patria, sobre todo de Miguel Hidalgo, y del propio Díaz, quien se atribuía el haber transformado a México en una nación civilizada y próspera.

Entre 1901 y 1903 se colocaron las primeras piedras de varios edificios con que se demostraría esa idea. Entre ellos, el Hemiciclo a Juárez, el Monumento Conmemorativo de la Independencia de México (popularmente conocido como "El Ángel") y el Panteón Nacional, un mausoleo donde se depositarían, para siempre, los restos de los primeros caudillos de la Independencia.

Entonces, los restos se hallaban en la Catedral Metropolitana, a donde acudían "corporaciones y particulares" a rendirles tributo. Pero el régimen consideraba que ese era un lugar "impropio", y quería erigir un panteón laico a la manera de los europeos. El decreto respectivo estipulaba que el lugar recibiría, además, restos y cenizas —nunca cuerpos— de otros hombres ilustres que el gobierno juzgara de mérito.

Después de décadas de descuido, Díaz mandaba sacudir aquellos restos para iniciar un culto funerario cívico que terminara impregnándolo.

PANTEÓN Y RELIQUIAS PATRIAS

Para levantar el edificio se eligieron los terrenos de la huerta del Hospital de Dementes de San Hipólito —en el cruce de Paseo de la Reforma, Hidalgo y Zarco—, junto al panteón de San Fernando. Curiosamente, San Fernando había sido propuesto para ese fin por Altamirano, en 1869, pero Lerdo de Tejada decidió crear la Rotonda de los **EL FALLIDO PANTEÓN** NACIONAL FUE EL **ÚLTIMO PROYECTO DE ARQUITECTURA FUNERARIA PARA EL** CENTRO.

Hombres Ilustres (1872) en el Panteón de Dolores. Sacar de la ciudad los cementerios había sido una causa liberal.

El proyecto se encargó al arquitecto Guillermo Heredia, autor del Hemiciclo a Juárez. El 1º de septiembre de 1907, El Mundo Ilustrado informaba

LA "NUEVA" TRADICIÓN



La relación de los mexicanos con la muerte es única porque "esta es una sociedad en la que se ha tratado la muerte de manera más pública, más que en cualquier otro lado", expresó en 2007 el antropólogo estadounidense Claudio Lomnitz, al presentar su libro Idea de la muerte en México.

Más allá del folclor o lo religioso, la idea de la muerte en México es cambiante y abraza todos aspectos de la vida: económico, político, social y cultural. En ese sentido, México es muy "pujante a nivel existencial", y ha aportado al mundo un acercamiento "terapéutico" a la muerte, opina Lomnitz.

Del enorme conjunto de creencias y prácticas creadas en el país, la celebración del Día de Muertos, en su variante indígena, fue inscrita en 2008 en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la Unesco.

Esa variante abarca varios días, pues "los muertos llegan en orden". El día 28 de octubre se dedica a los fallecidos por violencia, asesinados o accidentados; es cuando se adornan las cruces "a pie de banqueta". El día 30 se ofrecen flores blancas y veladoras a los niños muertos sin bautizar. El 31 se pone la ofrenda de los "chiquitos" o "angelitos", que además de flores y comida lleva juguetes. El 1º de noviembre se da la bienvenida a los "grandes" y el día 2 se acude al cementerio a arreglar las tumbas. Esa noche se realiza la "levantada" de la ofrenda.

REIVINDICACIÓN DE IDENTIDAD

En cuanto a las prácticas urbanas, en 2008 ya estaba muy maduro un fenómeno que inició en los años setenta y que Lomnitz registra en su libro: la adopción del Día de Muertos, de manera masiva —incluso impulsada como política pública—, como resistencia de la identidad colectiva ante la creciente popularidad del Halloween estadounidense.

Actualmente, el Día de Muertos supone en las ciudades una intensa actividad creativa tanto para la población como para artistas populares y de la academia.

En el Centro Histórico, la rehabilitación urbana atrajo públicos cada vez más

que el diseño contemplaba una "plaza circular de ciento veinte metros de diámetro y a la cual podrá tenerse acceso por cuatro entradas (...). La plaza está circulada de pórticos, levantándose en el centro un soberbio cenotafio de treinta metros de altura, sobre una amplia plataforma con cuatro escalinatas. (Será rematado con) una bellísima cúpula y cuatro grupos escultóricos representando la Independencia, la Reforma, la lucha contra la Intervención y el imperio, y la paz".

El Panteón Nacional sería inaugurado en 1910, pero no estuvo listo para los festejos. Para honrar a los héroes se efectuó una "Gran Procesión Cívica", de la glorieta de Colón a la Catedral, a donde se les llevaron ofrendas florales.

Y para remarcar la connotación cívica del acto, entre las dos puertas centrales se había levantado un catafalco; en él reposaban las urnas que contenían los "preciosos" restos, y allí se depositaron las ofrendas. Luego hubo un desfile frente a Palacio Nacional. Todo era observado por Díaz desde el balcón central. Esto fue el 14 de septiembre.

Como un eco más de la medieval veneración de reliquias santas, pero traducida a lenguaje laico, se reunieron varios objetos. El día 1º se recibió —desde Guanajuato— la pila en que Hidalgo fue bautizado, y se le trasladó al entonces Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, en la calle de Moneda. El día 17, la delegación española entregó el uniforme y banderas de Morelos. Asimismo, las llaves de la ciudad fueron devueltas por el gobierno francés.





UNA VÍCTIMA DE INFLUENZA ESPAÑOLA ES CONDUCIDA AL CEMENTERIO (1918).

El Panteón Nacional, como otros edificios, sería suspendido definitivamente debido al avance del movimiento revolucionario. Irónicamente, el último y fastuoso proyecto funerario para el área que hoy llamamos Centro Histórico, terminó siendo otro símbolo de la muerte del régimen.

SIN CEMENTERIOS

En la Revolución Mexicana, el Zócalo y otros puntos de la ciudad volvieron a ser campo de batalla durante La Decena Trágica, en febrero de 1913.

Si desde fines del siglo xix, las procesiones fúnebres iban disminuyendo, pues los cementerios activos habían quedado fuera del Centro, en el xx la "actividad funeraria" decreció debido al descenso de la población en la zona. De los 400 mil habitantes que había a mediados del siglo xx, para 2008 solo quedaban 120 mil. De ellos, en el perímetro A había 30 mil.

Al mismo tiempo, los usos funerarios de los mexicanos se estaban transformando, y el Centro no dejó se der parte de los cambios.

REGRESO A LA INCINERACIÓN

En 1955, Gayosso dio otra vuelta de

tuerca a las costumbres funerarias, al inaugurar el primer velatorio, en Paseo de la Reforma y Belgrado, con cuatro salas. Hasta antes, los cuerpos se velaban en el domicilio del difunto. La costumbre se conserva, en el país, en 80 por ciento de los casos.

La tasa de mortalidad decrecía, al tiempo que aumentaba la esperanza de vida; esta pasó de 34 años en 1930, a 75 años actualmente, de acuerdo con el INEGI. El crecimiento demográfico elevó el valor del suelo, incluyendo el de los cementerios.

También se recuperó la práctica de la incineración, por ser más higiénica y una solución al problema del encarecimiento del espacio.

La Iglesia católica vio en esos cambios la posibilidad de recobrar un nicho de mercado y, tras haberla condenado por siglos, aprobó la cremación en los años sesenta, mediante una encíclica papal del Concilio Vaticano II. En muchos templos se destinan ahora nichos para guardar cenizas, y los nuevos "panteones" son estructuras verticales. En el Centro Histórico, el templo de San José, en la plaza Pugibet, es uno de ellos.

Además, en la Ciudad de México se eliminó la perpetuidad en los cementerios gubernamentales. Las cenizas, por otra parte, pueden ser guardadas en casa o dispersadas, sin que se tenga que pagar por ello.

Actualmente, en México, entre 60 y 80 por ciento de las muertes se opta por la incineración, de acuerdo con el Grupo Gayosso.

Los cementerios desparecieron del Centro en el siglo xix, pero ahora, indica Ethel Herrera, empiezan a desaparecer de la ciudad. Todavía existen 119 —10 son generales, 11 delegacionales, 14 concesionados y el resto, vecinales—; sin embargo, la viabilidad de varios está en duda. Descuido, inseguridad y saqueos ponen en peligro ese "patrimonio cultural".

Para la experta, los cambios actuales en la cultura funeraria mexicana conforman un hito de las mismas proporciones que los desencadenados por la Conquista, la evangelización y la Reforma. 💠



"... por las noches había cientos de hogueras por toda la ciudad con el propósito de quemar los cadáveres insepultos y basura acumuladas. Densas humaredas esparcían el olor a carne chamuscada. No era posible caminar sin encontrar gente aniquilada"

José Juan Tablada, cronista de la época, al describir los sucesos de La Decena Trágica, del 9 al 18 de febrero en 1913.

numerosos y diversos y, con ellos, una profusión de ofrendas que domina los espacios públicos tanto abiertos como cerrados. Se festeja los días 1 y 2 de noviembre, pero algunos altares y actividades culturales asociadas se prolongan durante el mes.

En apariencia, esta reciente adopción del Día de Muertos no tiene el carácter de introversión silenciosa necesaria para recordar a un ser querido difunto. Pero ya en el último tercio del siglo xix, Ignacio Manuel Altamirano señalaba que las actividades de temporada en que participaba la clase pudiente —veneración de las reliquias en los templos, el día 1º, y visita a los cementerios, el día 2— se habían reducido a "paseos", "un motivo de lucimiento y distracción", en el que "El traje negro es el objeto de los afanes femeniles", y "ver mujeres", el de los varones.

TRADICIONES QUE VAN Y VIENEN

Si bien el Centro se inscribió en la re-adopción urbana de la colocación de altares, también es cierto que ese rito fue practicado de modo extensivo por los indios en la capital del Virreinato.

Asimismo, en la zona se dieron numerosas creaciones culturales relacionadas con la muerte, que siguen vivas o, como los altares y las calaveras, han sufrido intermitencias.



Las calaveras, como género gráfico-literario, se originaron en las danzas de la muerte de la Colonia; eran los versos con que la muerte sentenciaba a todos. Pero en el xix florecieron como vehículo de crítica política y difusión de noticias, en talleres de la Ciudad de México, como el de Vanegas Arroyo. Destacaron en el género artistas como Constantino Escalante, Santiago Hernández, Manuel Manilla y José Guadalupe Posada. Este último creó en 1911 el personaje más emblemático del género, la Calavera Garbancera, después rebautizada como La Catrina.

Del siglo xix datan las representaciones de Don Juan Tenorio, obra teatral de José de Zorrilla, sobre los fatales amoríos de una monja con un mujeriego. Se estrenó en México —antes que en España— en el Teatro Nacional, en 1844, hace 170 años. Por sus ingredientes de muerte y ultratumba, en 1873 se empezó a representar en Día de Muertos, en el Teatro Iturbide.

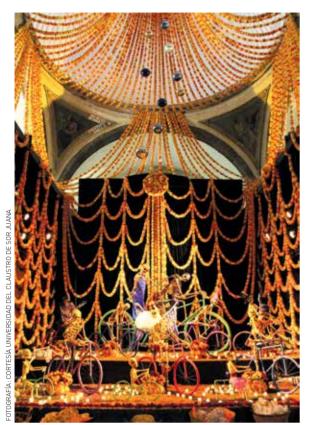
Como quedó documentado, asimismo, en la Ciudad de México Manuel Tolsá creó una tipología para panteones que seguía las bases del pensamiento ilustrado y se diseminó en la primera mitad del siglo xix.

Aquí nació el lamento de La Llorona y se fundó la primera agencia de pompas fúnebres.



ROSTROS DE LA MUERTE EN EL SIGLO XXI









OFRENDA EN EL CLAUSTRO DE SOR JUANA EN 2013, HOMENAJE DE CUERPO PRESENTE A CHAVELA VARGAS EN BELLAS ARTES EN 2012, Y CORTEJO FÚNEBRE EN TEPITO EN 2013.

n el Centro Histórico, cuando se presenta un deceso, es muy probable que los deudos soliciten la instalación de una capilla ardiente en su domicilio. "Aunque sea un cuartito de 4 por 4, pero ahí quieren velar, sacan los muebles, la cama, lo que sea...", afirma Nicolás Dávila, gerente de la funeraria Tlatelolco, que desde hace 30 años ofrece sus servicios en Ricardo Flores Magón 4.

A diferencia de lo que ocurre en otras zonas de la ciudad, "en el Centro siguen con la tradición".

"Prefieren la velación a domicilio, entonces uno les lleva los candelabros, los cirios, todo. Allí es todavía con cirios, ¿eh?, no como en el velatorio, que se usa electricidad", explica Dávila.

La funeraria Tlatelolco atiende de dos a tres servicios en la semana. Solo la mitad de los clientes del Centro solicita usar el velatorio.

La mayoría de las personas mayores dispone que sus restos sean velados en casa e inhumados —enterrados—, antes que cremados. "Son costumbres: aquí nací, aquí viví, y de aquí me sacan, dicen ellos". En cambio, "jóvenes de 20 años en adelante, ya piensan más en el velatorio y la cremación".

De acuerdo con Dávila, otra característica de la gente del Centro es que cuando la velación es en casa, "la hacen de pe a pa, los deudos se quedan desde que llega el cuerpo, hasta que se va. En el velatorio, unos salen y entran, a veces dejan el cuerpo solo por ratos, y nos piden que cerremos la capilla". Los deudos ofrecen "el clásico café, pero también dan comida, arroz frijoles, tortillas, no acostumbran comer carne".

La funeraria Tlatelolco es una de las tres situadas en la periferia del



DÍA DE MUERTOS EN REGINA, 2013.

Centro Histórico; 70% de su clientela proviene del Centro Histórico, 20% del sur de la ciudad y 10%, del norte. Las otras dos son Sifusa, en Héroes 58, y Gutiérrez, en Av. del Trabajo 52.

EL SECTOR FUNERARIO SE FUE

El Centro Histórico llegó a concentrar la mayoría de las casas funerarias.

"Hace unos 30 años todavía existían unas ocho funerarias en el primer cuadro", afirma Salvador Ascencio Jacinto, Presidente de la Asociación de Propietarios de Funerarias y Embalsamadores del Distrito Federal (Prodefunem).

Pero paulatinamente, "el sector funerario se tuvo que salir del Centro". Un factor fue el despoblamiento. Por otra parte, informa Dávila, las funerarias suelen instalarse cerca de hospitales y de agencias del Ministerio Público.

Aunque en el Centro hay varios hospitales, el creciente costo de las rentas privilegió el uso del espacio para actividades comerciales y bodegas de mercancías.

Otra causa del descenso de "actividad funeraria" en el Centro fue la consolidación del complejo conformado por el Hospital General (abierto en 1903, e intervenido tras el sismo de 1985) y el Centro Médico Nacional Siglo XXI (1961).

"Paradójicamente", dice Ascencio, son "la fábrica de cadáveres más grande la ciudad, si no del país", lo que "jaló" a gran número de empresas funerarias hacia la colonia Doctores.

Asimismo, "el difícil acceso hacia el Centro —debido a manifestaciones, ambulantaje y caos vial—, y para poder salir de ahí, (porque) todos los panteones están muy retirados", volvieron muy lenta, complicada y cara la realización de caravanas fúnebres o el simple traslado de cadáveres.

LA CARA FESTIVA

¿Cómo es el rostro de la muerte hoy, en el Centro Histórico?

Ya casi no se realizan misas de cuerpo presente. Sin embargo, en un gesto que en algo recuerda los funerales fastuosos del Virreinato, en el vestíbulo Palacio de Bellas Artes se llevan a cabo homenajes de cuerpo presente a artistas representativos de la cultura nacional.

En 1949 se inauguró esta costumbre, con las exequias del muralista mexicano José Clemente Orozco.

Otros homenajeados han sido la pintora Frida Kahlo, los escritores Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, la cantante Chavela Vargas, así como los actores Mario Moreno *Cantinflas* y María Félix.



NICHOS PARA CENIZAS EN SAN JOSÉ.

EN EL CENTRO, "PRE-FIEREN LA VELACIÓN A DOMICILIO, ENTONCES UNO LES LLEVA LOS CANDELABROS, LOS CIRIOS, TODO".

> NICOLÁS DÁVILA, FUNERARIA TLATELOLCO

El Museo Panteón de San Fernando funciona además como centro cultural.

Uno de los efectos del proceso de revitalización del Centro, sobre todo de unos 10 años para acá, fue el impulso de actividades culturales.

Para el Día de Muertos, museos, oficinas de gobierno, recintos universitarios y negocios instalan ofrendas.

En el corredor Regina, se lleva a cabo un concurso de altares —tradicionales, "contemporáneos", y de homenaje a alguna personalidad, en los que no falta la crítica social y política—.

Proliferan las funciones especiales de cine y artes escénicas con el tema de la muerte, como el *Tenorio*.

El 1º de noviembre hay un paseo nocturno en bicicleta, que incluye un concurso de disfraces.

Asimismo, es una de las temporadas altas para varios negocios tradicionales del Centro como las cererías, las tiendas de papel picado, las de disfraces y los mercados.

Así, después de más de 700 años de hitos y evolución de los ritos funerarios, así como de ciclos de gran mortandad, actualmente la cara más visible de la muerte en el Centro Histórico, es la más festiva. *

LA MUERTE CÉLEBRE

EMPERADORES MEXICAS, CONQUISTADORES, VIRREYES, ARTISTAS, OBISPOS, POLÍTICOS, MILITARES E INTELECTUALES, PRESIDENTES... POR LA IMPORTANCIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO, HASTA EL SIGLO XIX LOS RESTOS DE LA MAYORÍA DE LAS PERSONALIDADES LOCALES TERMINA-BAN AQUÍ. TODAVÍA QUEDAN ALGUNOS. LA HISTORIA DE SU MUERTE ES TAN FASCINANTE COMO SUS VIDAS.



UN ROCAMBOLESCO CALVARIO

El calvario de los restos de Hernán Cortes es uno de los más rocambolescos. Los huesos del conquistador terminaron emparedados en el mismo lugar, metros más, metros menos, donde conoció al emperador Moctezuma Iluicamina, solo que 400 años después de haber muerto, y habiendo pasado por una travesía transcontinental, ocho exhumaciones, homenajes suntuosos y una amenaza de profanación.

Cortés murió en 1547, en Sevilla, España, pero su deseo de ser sepultado en Nueva España se pudo cumplir hasta 1566, cuando lo inhumaron en Texcoco. En 1794 los restos fueron trasladados al templo de Jesús de Nazareno —cuya construcción él mismo había patrocinado—. En las pomposas exequias estuvieron el arquitecto Manuel Tolsá, quien decoró el mausoleo y realizó un busto del conquistador, y fray Servando Te-

resa de Mier, quien dijo una oración fúnebre. Tras una intentona de profanación y quema de los huesos, en 1823, Lucas Alamán los escondió en otra parte del templo, y luego en otra, en 1836; la ubicación, señalada en un documento secreto, se develó hasta 1946. El INAH confirmó la autenticidad de los huesos, y fueron devueltos al nicho de 1836. En el templo de Jesús de Nazareno, en República de El Salvador y Pino Suárez, se puede ver la placa del nicho. Lucas Alamán, por cierto, también fue sepultado ahí, cerca de su protegido.





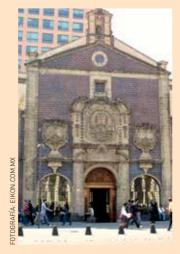
NI ALLÍ, NI ALLÁ

Menos escabroso, pero curioso, es el caso de Tolsá (1757-1825), cuya obra reflejó la transición entre el Barroco y el Neoclásico. De chiripa, como se dice, Tolsá concluyó la Catedral Metropolitana debido a la muerte prematura del entonces maestro mayor del recinto, José Damián Ortiz de Castro (1750-1793). Pero cuando el propio Tolsá murió, no fue sepultado en la Catedral —los obispos y los maestros mayores del recinto tenían lugar apartado allí— ni en alguno de los cementerios diseñados bajo su "modelo de panteones". El autor del Palacio de Minería reposa en la iglesia de la Santa Veracruz, en la plaza homónima, frente a la Alameda Central.

UN CORAZÓN FLECHADO

Del otro lado de la Alameda, donde hoy está la Plaza Juárez, la joya colonial de la cuadra es el antiguo templo de Corpus Christi (1720-1724), obra de uno de los arquitectos geniales del Virreinato, Pedro de Arrieta. El convento fue patrocinado por el virrey Baltasar de Zúñiga Guzmán Sotomayor y Mendoza (1716-1722), para recibir a las hijas de los caciques indígenas.

Según la leyenda, el virrey se habría enamorado de la joven Constanza Téllez, quien le rompió el corazón al rechazarlo y declarar su vocación de monja. El virrey habría patrocinado el convento por ella.



Lo cierto es que a la muerte de Sotomayor, ocurrida en España en 1727 —y sin dejar descendencia—, su corazón fue traído en una caja a la Ciudad de México, para ser resguardado en Corpus Christi, como él dispuso. Guardado entre unos muros del templo, reposó en silencio por más de 300 años. En 2003, durante las obras de rescate del edificio, apareció la víscera del virrey. Flechada o no, allí permanece.



MAUSOLEOS: EL CULTO A LOS HÉROES

Después de la Independencia, y en tanto se forjaba la nación mexicana —o como parte de ese proceso—, nació el culto a los héroes y próceres: primero los insurgentes, y luego los que se fueron sumando conforme se libraban batallas internas, y contra potencias extranjeras. Restos de varios de esos personajes están reunidos en sitios emblemáticos del Centro.

En 1823 "el Congreso Nacional emitió un decreto que ordenaba reconocer a los precursores de la independencia de México como Beneméritos de la Patria en grado heroico y reunir sus restos para rendirles un homenaje público", informa la Sedena en su página electrónica.

Los restos de los héroes se exhumaron y trasladaron a la Ciudad de México ese mismo año, y se depositaron en la Catedral. Allí estuvieron medio olvidados hasta que Porfirio Díaz los sacó a la puerta de la Catedral para honrarlos, en las fiestas del Centenario de la Independencia. En 1925, se les colocó en El Ángel.

Para las fiestas del Bicentenario de la Independencia, en 2010, los restos fueron extraídos, estudiados y exhibidos en Palacio Nacional. Un equipo científico identificó restos de 14 "individuos", de los que ocho estaban revueltos: Miguel Hidalgo, Juan Aldama, Mariano Jiménez, Ignacio Allende y José María Morelos y Pavón, así como Javier Mina, Pedro Moreno y Víctor Rosales, antes no identificados. En urnas individuales estaban los restos de Vicente Guerrero, Guadalupe Victoria, Nicolás Bravo, Leona Vicario y Andrés Quintana Roo. Después del festejo, fueron depositados nuevamente en El Ángel.

TIRIOS Y TROYANOS

En el Museo Panteón de San Fernando reposan numerosos personajes del Segundo Imperio y la Reforma; varios fueron rivales entre sí. El más sobresaliente es el de Benito Juárez (1806-1872), quien fue el último difunto recibido en el lugar. A unos metros de su impresionante sepulcro están los de Miguel Miramón y Tomás Mejía, quienes se unieron a Maximiliano y, junto a este, fueron fusilados.

Ignacio Comonfort, Francisco, Zarco y José María Lafragua también están sepultados allí. Entre los "colados" de otras épocas se hallan el virrey Mathías de Gálvez y una gaveta, falsa, con el nombre de la bailarina estadounidense Isadora Duncan. En 1936, el Panteón fue declarado Monumento Histórico por el INAH.

La gesta revolucionaria también tiene su panteón el Monumento a la Revolución, que alberga los restos de Francisco I. Madero, Venustiano Carranza, Francisco Villa, Lázaro Cárdenas y Plutarco Elías Calles. De nuevo, tirios y troyanos.



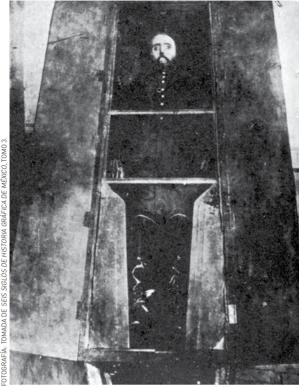
A: PAVEL CANSECO / E



POSTALES LÚGUBRES



VARIOS PERSONAJES CLAVE EN DIVERSOS MOMENTOS DE LA HISTORIA NACIONAL, TUVIERON FINALES QUE VAN DE LO TRÁGICO A LO INVEROSÍMIL. AQUÍ PRESENTAMOS ALGUNOS CASOS.







ATAÚD CON LOS RESTOS DE MAXIMILIANO DE HABSBURGO, SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ Y FRANCISCO I. MADERO, JUNTO A VICTORIANO HUERTA POCO ANTES DE LA DECENA TRÁGICA.

MUERTE EN EL ARZOBISPADO

En junio de 1808 llegaron al Ayuntamiento de la Ciudad de México noticias de la invasión francesa a España y de cómo Carlos IV y Fernando VII fueron obligados a dimitir en favor de José Bonaparte. La Corona estaba acéfala. El síndico Francisco Primo de Verdad lideró una propuesta audaz, expuesta al virrey José de Iturrigaray: llamar a los ayuntamientos de Nueva España a formar un gobierno provisional. A falta del monarca español, la soberanía volvía al pueblo. Pero el 16 de septiembre, el poderoso comerciante español Gabriel de Yermo organizó una asonada que depuso al virrey. Los agitadores fueron acusados de traición y apresados. Primo de Verdad fue encerrado en un calabozo del Palacio del Arzobispado que daba a la esquina de la calle Moneda. El 4 de octubre, amaneció muerto. La callecita donde murió lleva su nombre, y en la plaza situada frente al templo de Jesús de Nazareno hay una estatua de él.

LA MOMIA DEL INSURGENTE

El 19 de febrero de 1861, mientras se echaban abajo los muros del convento de Santo Domingo por efecto de las Leyes de Reforma se hallaron "catorce momias horrorosamente convulsionadas", escribe Héctor de Mauleón en *Ciudad, sueño y memoria*. La gente hizo largas filas para ver a "los emparedados vivos", pues se esparció el chisme de que así habían muerto aquellos desgraciados. Una de las momias correspondía, se supo después, a uno de los más singulares insurgentes: fray Servando Teresa de Mier (1875-1828). Formado en Santo Domingo, destacado predicador, fue condenado al destierro por haber puesto en duda las apariciones de la virgen de Guadalupe. Se evadió de varias cárceles en Europa, donde conoció a Alamán y a Javier Mina, y participó junto a este en la insurgencia. Estuvo preso en la Santa Inquisición (enfrente del que fue su convento) y otras cárceles, fue diputado en el México independiente y, otra vez, preso, en Palacio Nacional, donde murió. Fue sepultado en Santo Domingo. "Para allegarse no se sabe cuántos pesos", el gobierno juarista vendió las momias a un circo argentino, y de Fray Servando no se supo más.

ALTO, PERO SIN TALENTO

En donde ahora está la calle de Xicoténcatl, en el costado oriente del Museo Nacional de Arte, estuvo el Hospital de San Andrés, levantado en 1625. El haber hospedado en su templo el cadáver de Maximiliano de Habsburgo (1832-1867) le valió la demolición.

Maximiliano fue fusilado el 19 de junio. El cuerpo, mal embalsamado en Querétaro, expuesto al aire, y luego volcado por accidente en un río en el trayecto a la capital, llegó "hecho una ruina". Era septiembre. El templo, donde se practicó un segundo embalsamamiento, estuvo fuertemente vigilado. Juárez apareció una medianoche de octubre, acompañado de Lerdo de Tejada. Con la mano derecha, Juárez "midió el cadáver desde la cabeza hasta los pies", y lanzó su famoso dictamen: "Era alto este hombre; pero no tenía buen cuerpo: tenía las piernas muy largas y desproporcionadas". Guardó silencio un momento, y añadió: "No tenía talento, porque aunque la frente parece espaciosa, es por calvicie".

Días después, el cadáver fue entregado al vicealmirante Tegetthoff, representante del emperador de Austria. San Andrés se volvió sitio de reunión de opositores a la República y, tras presentarse connatos de violencia en el primer aniversario luctuoso, el templo fue demolido.

EL CUERPO DE MAXIMILIANO, MAL EMBALSAMADO EN QUERÉTARO, EXPUESTO AL AIRE, Y LUEGO VOLCADO POR ACCIDENTE EN UN RÍO EN EL TRAYECTO A LA CAPITAL, LLEGÓ "HECHO UNA RUINA".

SOR JUANA: IDENTIDAD EN SUSPENSO

Durante excavaciones realizadas en el antiguo convento de San Jerónimo, en 1977-1978, se hallaron debajo del coro restos de 27 monjas. Una estaba en un ataúd distinto: era de ébano, con filetes dorados y tachonado metálico, señas de que esa monja había sido inhumada con hábito de gala. Además, tenía un medallón de carey con la imagen de Asunción, como el que usaba Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695). Así, se pensó que los restos correspondían a la autora de *El divino Narciso* (1690). En el sitio se estableció la Universidad del Claustro de Sor Juana, que exhibió los restos por años. En 2011, científicos del Cinvestav emprendieron un estudio de ADN para verificar la identidad de Sor Juana, lo cual está en suspenso, hasta nuevo aviso.

EL CORTO VERANO DE MADERO

En los 15 meses que duró su presidencia, Francisco I. Madero tuvo que enfrentar a los zapatistas, que reclamaban reparto agrario, y a los porfiristas, inconformes por haber perdido el poder. La madrugada del 9 de febrero de 1913, varias zonas de la ciudad se despertaron con disparos. Una conspiración fraguada por varios senadores, periodistas, el embajador de Estados Unidos y los generales Félix Díaz y Bernardo Reyes se proponía derrocar al gobierno. Hubo fuertes enfrentamientos en el Zócalo y la Ciudadela, la cual fue tomada por Díaz.

Madero, que estaba en Chapultepec, se dirigió al Palacio Nacional a caballo, para comandar la defensa. La explanada estaba tapizada de muertos y aún había disparos. Al nombrar a Victoriano Huerta como Comandante Militar de la Ciudad de México, Madero firmó su sentencia de muerte. Durante 10 días no cesaron las ráfagas de ametralladoras ni los cañonazos; Huerta encubría a Díaz, y daba informes falsos a Madero.

El 17 de febrero los golpistas retomaron Palacio Nacional, y retuvieron allí a Madero y al Vicepresidente Pino Suárez. La noche del 22, aun cuando ya habían renunciado, ambos fueron obligados a subir a dos automóviles. En las inmediaciones de la prisión de Lecumberri, fueron asesinados. Así concluyó la Decena Trágica.



CRÓNICA DE MORTANDADES

DESDE SU FUNDACIÓN Y HASTA EL SISMO DE 1985, LA CIUDAD DE MÉXICO SE HA VISTO ENSOMBRECIDA POR EPISODIOS DE MORTANDAD CAUSADOS POR ENFERMEDADES, FENÓMENOS NATURALES Y ENFRENTAMIENTOS BÉLICOS.



EL 9 DE FEBRERO DE 1913, CUANDO MADERO LLEGÓ AL ZÓCALO, LO ENCONTRÓ CUBIERTO DE CADÁVERES.

Entre 1446 y 1454, México-Tenochtitlan vio morir a más de la tercera parte de su población debido a una suma de desgracias: una gran inundación (1446); una escasez de alimentos que produjo hambruna y enfermedad (1448); heladas extemporáneas (1450 y 1454), y padecimientos causados por la contaminación de las aguas. Esto, de acuerdo con cronistas e historiadores como Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin y Mariano Fernández de Echeverría y Veytia.

CONQUISTA Y VIRREINATO

Durante la Conquista, aunque los cálculos del número de muertos varían, las fuentes coinciden en que en Tenochtitlan se contaron por miles. En su *Tercera Carta de Relación*, Hernán Cortés estimó que en el asedio hubo unos 67 mil muertos en combate y 50 mil por hambre. Sin embargo, el soldado y cronista Bernal Díaz del Castillo, en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, afirmó que era imposible contar los muertos, ya que, "(...) todos los más murieron", en referencia a los habitantes de la ciudad y a los refuerzos que "allí se habían acogido".

Para el siglo xvI hace su aparición una causa más de mortandad: las enfermedades bacterianas o virales traídas del Viejo Mundo y para las cuales los indígenas no tenían defensas. De acuerdo con el artículo "Epidemias en la Ciudad de México", de Elena Enríquez, las peores fueron la de viruela de 1520 (el emperador Moctezuma Ilhuicamina fue una de las víctimas); la de sarampión en 1545 y la peste de 1546, por la que morían más de 100 personas diariamente. Se calcula que en menos de 30 años murieron nueve de cada 10 indios.

Miguel León Portilla rescata en *El reverso de la Conquista* la memoria indígena de aquella tragedia: "Grande era el hedor de los muertos. Después que nuestros padres y abuelos sucumbieron, la mitad de la gente huyó a los campos. Perros y buitres devoraban los cadáveres(...)".

Las epidemias siguieron ensañándose con la población, sobre todo la indígena, durante el resto del Virreinato. La más devastadora, en 1735, fue la de *matlalzahuatl*, una variedad de tifo que, debido al intenso intercambio comercial, afectó a toda Nueva España. Murieron más de dos millones de personas, unas 40 mil en la Ciudad de México.

INUNDACIONES Y OTROS FENÓMENOS NATURALES

La urbe colonial sufrió además inundaciones y terremotos, que abonaron en la cuenta de la Parca.

Cuando las inundaciones coincidían con epidemias, la ciudad se convertía en una fosa común.

De las inundaciones, "destaca la de 1629-1635, en la que se estima murieron 30 000 personas y que un número similar de españoles salieron de la ciudad. La catástrofe fue tan grande que se pensó seriamente en trasladar la ciudad a otro sitio", escribe Ramón Domínguez Mora en *Las inundaciones en la Ciudad de México. Problemática y alternativas de solución.*

En el siglo xix, ya en el México independiente, la ciudad sufrió un gran movimiento sísmico que todavía se recuerda en crónicas: el terremoto de Santa Juliana—los sismos recibían nombres sacros—, el 19 de junio de 1858. Considerado un castigo divino desencadenado por las leyes de Juárez, rompió el acueducto que iba de Chapultepec a Salto del Agua; se derrumbaron muros y bóvedas de iglesias mayores



TRAS EL SISMO DE 1985, LA ESQUINA DE GANTE Y VENUSTIANO CARRANZA.

CUANDO COINCIDÍAN INUNDACIONES Y EPIDEMIAS, LA CIUDAD SE CONVERTÍA EN UNA FOSA COMÚN.

como San Pablo y Santo Domingo, y la Alameda fue abierta (estaba bardeada) para recibir a la población que huía despavorida.

En ese mismo siglo, las intervenciones extranjeras y las guerras intestinas sumaron también fallecidos en el Centro Histórico, sobre todo en la intervención estadounidense de 1848.

EL SIGLO XX

Durante el siglo xx también hubo epidemias e inundaciones, pero ninguno sobrepasa en mortandad a La Decena Trágica, en febrero de 1913, y al terremoto de 1985.

Durante el sitio hubo más de 5 mil 500 bajas entre los militares, y los civiles muertos fueron incuantificables. La más reciente visita devastadora de la Parca ocurrió el 19 de septiembre de 1985. Un sismo de 8.1 grados en la escala de Richter sacudió la ciudad y dejó 10 mil muertos, y cuando menos 50 mil heridos, según recuentos oficiales. El porfiriano Hotel Regis y el centenario Hospital Juárez se derrumbaron. En Tepito, 600 vecindades se vieron abajo; había mil 200.

Al otro día, un sismo de 7.6 grados dio la estocada a la vieja ciudad. Ambos sismos destruyeron —según la Autoridad del Centro Histórico— 54 mil viviendas y "pusieron seriamente en duda su viabilidad como espacio urbano habitable". (R. M.)*



000000

LOS CÓDICES DE MÉXICO, MEMORIAS Y SABERES

En estas 44 piezas se puede encontrar desde la historia de la peregrinación azteca en busca del símbolo para fundar su ciudad, el trance de la Conquista y aspectos de la vida indígena durante la Colonia. Pero también numerosos ejemplos de la concepción mexica de la muerte. Por ejemplo, en el *Códice Azoyú* se observa un sacrificio humano; en el llamado *Anales de Tula*, se ven bultos funerarios correspondientes a gobernantes muertos; en una sección del *Códice Aubin*, del cuello de un hombre decapitado manan dos chorros de sangre en forma de serpientes, y el *Moctezuma* ilustra las sangrientas batallas que terminaron con la caída de Tenochtitlan.

Museo Nacional de Antropología

Paseo de la Reforma y Av. Gandhi, M Chapultepec, Ecobici Reforma y Gandhi. Mar-Dom 9-19 hrs.
Entrada libre.

www.mna.inah.gob.mx Hasta el 11 de enero de 2015.



BETSABÉ ROMERO EN SAN CARLOS

Como un homenaje a los periodistas muertos o desaparecidos en 2014 a causa de su labor, la artista plástica interdisciplinaria Betsabeé Romero levantó un altar que puede verse, tocarse, incluso participar de él. La instalaciónaltar se complementa con citas de Federico Campbell, editor, periodista y escritor mexicano muerto este año: "Para acabar pronto: no podríamos vivir ni pensar sin memoria".

Museo de San Carlos

Puente de Alvarado 50. M Revolución e Hidalgo. Metrobús San Carlos. Mar-Dom 10-18hrs. Admisión: 31 pesos; entrada libre a niños, personas con discapacidad y adultos mayores; domingos, entrada

www.mnsancarlos.com Hasta el 16 de noviembre.

EL CUARTO ROSA: VIDA Y MUERTE EN EL ARTE POPULAR

La doctora Ruth D. Lechuga, de origen austriaco, llegó en 1939 a México, a los 19 años. Desde ese momento, se enamoró del país y sus expresiones artísticas populares. Con piezas que celebran la muerte —y la vida—, esta exposición muestra la colección res-



guardada por mucho tiempo en una habitación del Edificio Condesa, donde vivió Lechuga. La coleccionista murió en 2004; a diez años se le recuerda con esta muestra

Museo Franz Mayer

Av. Hidalgo 45. M. Hidalgo y Bellas Artes. Metrobús Hidalgo. Ecobici Alameda Central. Mar-Dom 10-19hrs.

Admisión: 45 pesos; 25 pesos maestros y estudiantes con credencial vigente; entrada libre para niños menores de 12 años y adultos mayores; martes, entrada libre.

Hasta el 25 de enero de 2015.

MONUMENTAL ALTAR DE MUERTOS DEDICADO A PAZ

Por el centenario del natalicio del poeta y ensayista mexicano Octavio Paz, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1990, los esqueletos de este altar representan los estereotipos del mexicano que Paz analizó en su texto más conocido: *El laberinto de la soledad.* El macho, la madre abnegada, el don nadie y el indio son algunos de ellos, que plásticamente se realizaron inspirados por la pintura de Diego Rivera. Como siempre, el altar también está dedicado a la magistral poeta y monja que vivió, murió y dio nombre a este lugar.

Universidad del Claustro de Sor Juana Izazaga 92. M Isabel La Católica. Lun-Vie 10-18hrs. Entrada libre. www.ucsj.edu.mx Hasta el 21 de noviembre.

ALTAR DE MUERTOS DEDICADO A CRI-CRÍ

El ratón vaquero, la muñeca fea y la patita, entre otros célebres personajes de Francisco Gabilondo Soler "Cri-crí", se dan cita en esta ofrenda de muertos para conmemorar los 80 años de la primera transmisión de radio de las canciones del entrañable compositor. El altar conjunta tecnología visual y tradición para que nunca "muera" en nuestra memoria *El Grillito Cantor*.

Casa Telmex Centro Histórico

Isabel La Católica 51. M y Metrobús Isabel La Católica, Ecobici Callejón de Mesones-Mesones.

Mar-Dom 10-18hrs. Entrada libre. Hasta el 8 de noviembre.

FELIPE EHRENBERG EN LA CASA DEL CINE

Este reconocido artista ha realizado, además de su trabajo plástico, ofrendas dedicadas a personajes o temas no tradicionales. En esta ocasión presentará una en homenaje a su amigo brasileño recién fallecido, José Wilker, actor, director y crítico de cine autor de obras como *Doña Flor y sus dos maridos* y *Bye Bye Brasil.*

La casa del cine

República de Uruguay 52, 2º piso, M Isabel La Católica y San Juan de Letrán. Lun-Dom 10-19hrs. Entrada libre. lacasadelcine.mx Hasta el 9 de noviembre de 2014

EL POLVO DE LOS ANTEPASADOS...

Sorprendido y maravillado por la fiesta de muertos, el artista alemán Félix Pestemer realizó una novela gráfica de la que se retomaron dibujos y textos para esta exposición que, desde una mirada extranjera, refleja esa forma tan particular que tenemos los mexicanos de enfrentar y festejar la muerte.

Museo de Arte Popular

Revillagigedo 11, entrada por Independencia. M Juárez e Hidalgo.

Mar-Dom 10-18hrs; Mié 10-21hrs.

Admisión: 40 pesos; entrada libre para niños menores de 13 años, personas con alguna discapacidad, indígenas, artesanos y adultos mayores; domingos, entrada libre. www.map.df.gob.mx

Hasta el 22 de febrero de 2015



DON JUAN TENORIO EN PALACIO NACIONAL

Don Juan, seductor sin arrepentimiento, deberá enfrentarse con un convidado de piedra que llega a cenar. Es el Comendador, que ha muerto a causa de sus trapacerías. Quizá esa sea la razón, cuentan los que saben de teatro, por la que año con año —y ya se cuentan 170— que se representa *Don Juan Tenorio*, un texto dramático del romanticismo español, escrito por José Zorrilla.

La Compañía Nacional de Teatro Clásico Fénix Novohispano, bajo la dirección de Francisco Hernández dará algunas funciones de la obra durante este mes. La más espectacular es la que se presentará en una magnífica escenografía: la arquitectura de Palacio Nacional.

Palacio Nacional

Plaza de la Constitución s/n. M Zócalo. 19hrs. Entrada libre. 8 de noviembre.